



Cuatro poemas

Antonio Deltoro

LA MOSCA

Al salir del portal
un solemne me obliga
a la primera sonrisa
educada,
pero de pronto,
me distraigo
y aflora mi cara de idiota:
es que la mosca
me llama con su vuelo
insistente,
que me absorbe
con más fuerza
que el vuelo silencioso
y ondulado de la mariposa.
Las urbanidades me cansan,
me obligan a un esfuerzo
de hipocresía.
La mosca es espesa,
no vive del aire,
vuela de uno a otro
excremento,
pero el ruido de su vuelo
me devuelve
al sol de la broma y el juego.
Cuando debo sonreír,

sonrío,
pero no entiendo
por qué sonreír en ayunas
de placer y disfrute;
la mosca,
con su vuelo ladino y pegajoso,
interrumpe reverencias y zalamerías,
entonces y sólo entonces,
verdaderamente, sonrío
e incluso me vence
la risa franca.

GATOS

Ausentes,
sin mudarse de sitio
o perdidos,
en las antípodas,

me brindan,
desde lo desconocido,
el goce en libertad
de su palacio:

esta casa ahuecada
por el opio
felino
que el silencio
despliega.

Como el humo,
ensimismados
y displicentes,
son capaces de ser,
al mismo tiempo,
mis amos
y mis huéspedes.

Yo lo agradezco,
dándoles de comer
por las mañanas.

CUIJA

Al mediodía
es verde
la lagartija.

De sombra
en sombra
se pierde

y al sol
vuelve
a ser verde,

y otra vez,
a la sombra,
perdediza...

de noche
se torna,
iluminada
por el foco,
albina
y besucona:

pasa
de lagartija
a cuija,
de campesina
a cortesana:

al alba,
albina
todavía,

se desliza
y en el listado
sucesivo
del sol
de las primeras horas
se colorea
de lagartija.

¿De noche cuija,
de día lagartija?

Ustedes me dirán:
una es la cuija
y otra la lagartija.

Qué duda cabe:
una cosa es un pájaro,
otra es un ave.

CABALLITO DE MAR

Para Alejandro Albarrán

Un juguete viviente,
una mascota en la pared
y cabalgando,
un centauro
del mundo submarino.

Regresa,
de un olvido de siglos,
a instalarse,
como lo hacen,
con pudor o timidez,
una vez aparecidos,
los fantasmas pequeños.

Colgado,
hasta que desapareció
sucio del tiempo
de paredes y cajas,
era, para mí,
el mundo de cabeza;
un pez y un colibrí,
un pájaro de pie
y cabalgando;
la fantasía,
suspendida de un alfiler
y a la mano de un niño.

El caballito de mar
era un esqueleto cuando
vivía
y en la pared,
pendiente de un alfiler,
lo era;

lo sigue siendo;
un esqueleto vivaz
y travieso;

la agilidad,
inaccesible hoy,
para mis manos
y mis pies,
todavía capaz de hacerme
cabalgar y volar
hacia su gracia infantil,
al Parque México.
por mis recuerdos. 